

---

---

## MUJER.

(SUS OBLIGACIONES PARA CON SU MARIDO.)

---

### I.

*Mulieres viris suis subditæ sint, sicut Domino.*

Las mujeres estén sujetas á sus maridos, como al Señor.

(EPIST. v. 22.)

Dios, que á todos nos ha criado para ser eternamente dichosos, no á todos nos conduce á la felicidad por el mismo camino. Dueño absoluto de todos, señala á cada cual su lugar, le determina sus funciones, le designa el estado en que ha de servirle. ¡Ay de aquel, que toma un estado diferente del que el Señor le ha designado! porque sentirá durante su vida un malestar profundo, y lo que es todavía más espantoso, probablemente se perderá. Importa, pues, proceder con la mayor cautela cuando se trata de la eleccion de estado; es necesario consultar la voluntad de Dios; y á imitacion del caminante que ve delante de sí muchos caminos, sin saber cual de ellos debe tomar; pensar, deliberar, preguntar é informarse, ántes de decidirse por este ó por aquello.

Y si esto es indispensable en todos los estados, lo es principalmente en el del matrimonio; porque lleva consigo obligaciones gravísimas que cumplir, cruces difíciles que soportar, y peligros no pequeños de perderse. No pienso hoy, hermanos míos, ocuparme de todas estas cosas; si solo de las obligaciones de las mujeres para con sus maridos. Estas son obedecerlos con respeto, asistir á la casa cuidadosamente, y entrar á la parte en los trabajos y desgracias que acontecen en las familias. Todo lo abraza S. Pablo, cuando dice: *Mulieres viris suis subditæ sint, sicut Domino*: las mujeres obedezcan á sus maridos como al Señor. Esto nos quiere decir, que los obedezcan, que los asistan, que los acompañen: tres obligaciones que vamos á explicar. Quiera Dios dar tanta eficacia á mis palabras, que eterna-

008542

mente queden grabadas en vuestros corazones para perpetua paz de los matrimonios y sus familias. Pidamos esta gracia : A. M.

1. Ninguna cosa establece más sólidamente la paz en todas las sociedades, ni es más capaz de formar la felicidad de los que las componen, que aquel bello orden en que las colocó el Señor. Por el contrario, nada es más poderoso para turbar la paz, y desterrar la felicidad de todas las sociedades, como el que los individuos que las componen, se aparten del orden y salgan de aquel estado de dependencia y subordinacion en que los establecieron. Esta admirable union de todas las partes del cuerpo no subsiste, sino en cuanto cada una guarda aquel sitio, orden y dependencia en que ha sido colocada. ¡Qué confusion seria, si las manos quisiesen hacer el oficio de los ojos, si los ojos quisiesen ser piés y los piés subirse á la cabeza. Esto seria un desórden, una monstruosidad y estar toda la máquina sin piés ni cabeza. De la misma suerte aconteceria en los reinos: si los que mandan, abusando de su poder, quisieran salir de los limites de la autoridad que recibieron del Señor, y los que deben obedecer quisieran tambien mandar, todo seria una confusion horrible en el estado. Pero, si los reyes son prudentes y moderados en mandar, y los súbditos prontos á obedecer, ved ahí mantenida la pública tranquilidad, porque todo está en aquel orden, y en aquella subordinacion y dependencia, con que subsiste esta sociedad de reyes y súbditos establecida por Dios.

Todo el mundo sabe, que los reinos más dilatados no son más que grandes familias, y que las familias más cortas pueden llamarse pequeños reinos; porque lo que el rey es en el reino, es el marido en su casa ó su familia; y los mismos principios que sirven á la prosperidad ó ruina de los reinos, sirven á la ruina ó prosperidad de las casas; y todos se reducen al orden establecido ó despreciado. Pero tomemos todavia una comparacion más noble, más elevada y más santa, que nos da el grande apóstol S. Pablo: lo que Jesucristo es en su Iglesia, eso es un marido en su familia, y principalmente respecto de su mujer: *Vir caput est mulieris, sicut Christus caput est Ecclesie* (Ad rom. v. 25). Hasta este punto tan alto y tan sublime eleva S. Pablo la autoridad de los maridos, para que entiendan las mujeres, que la obediencia que les deben, no está fundada sobre la costumbre ó sobre la razon solamente, sino sobre el mandamiento de Dios, que así lo ordena.

Pecan pues mortalmente aquellas mujeres vanas y amantes de las modas del mundo, que mandándoos sus maridos se abstengan de ta-

les vanidades, de tales vestidos costosos, de tales concurrencias y visitas, porque el caudal no alcanza para sostenerlas, la casa se atrasa, las deudas se multiplican, y los acreedores no se pagan; ellas no los obedecen, siguen sus caprichos y quieren no ser ménos locas que las demás, que malgastan sus bienes en estas musarañas tan perjudiciales. Pecan tambien mortalmente aquellas mujeres, que no obedecen á sus maridos, cuando éstos los mandan cosas pertenecientes á sus buenas costumbres, como que dejen tal amistad, que no admitan en su casa á tal persona, que se enmienden en tal ó cual desórden que causa nota en el pueblo, que da motivo á muchos para murmurar, y se pierde la estimacion y el buen nombre. Faltan tambien notablemente á su obligacion aquellas mujeres, que cuando advierten que sus maridos entran de mal humor en casa, los irritan con palabras impertinentes, picantes y desabridas, hasta hacerlos salir de si y prorumpir en maldiciones, juramentos y blasfemias, con que se escandalizan los hijos y criados, y se da mal ejemplo en la vecindad. ¡Ay, Dios mió! y cuánto hay de esto en el mundo! ¡Cuántas mujeres hay, que aunque no alean la voz para contradecir á gritos lo que mandan sus maridos, están hablando ellas solas, murmurando entre sí ellas solas, sin haber forma de callar, aunque vean que por sus gestos, sus habladurias y terquedades se desatina el marido, y queda la casa hecha un infierno!

Padre, dicen algunas, que ellos son fieros, son atronados, son soberbios, y nada saben mandar con la dulzura y agrado que Vmd. les explicó; no nos quejamos de lo que mandan, sino del mal modo con que lo mandan.—Convengo, señoras, en confesar de buena fe lo que decís. Falta á muchos maridos la prudencia para mandar, y les sobra la altanería y orgullo para incomodar á quien mandan; pero ahí está vuestro mérito, vuestra mayor corona, vuestra gloria. Si os mandaran con prudencia, con dulzura y con amor, ¡qué mucho hariais en obedecer? *Nonne et ethnici hoc faciunt?* decia nuestro amable redentor Jesús, instruyendo á sus oyentes. Si amáis á los que os aman, si hacéis bien á los que os favorecen, ¿en esto qué mucho hacéis? hasta los gentiles lo hacen. Lo que debéis adelantar vosotros, como discípulos de mi escuela, es hacer bien á los que os hacen mal; amar á los que os aborrecen, y hacer oracion por los que os persiguen. Esta misma doctrina, que aprendí de su divino Maestro, enseñaba S. Pablo cuando decia: se ha de obedecer no solo á los superiores buenos, sino tambien á los discipulos; y vosotros, señoras, estáis obligadas á obedecer á vuestros maridos, sean ellos buenos ó sean malos, siempre que lo que mandan, no sea contrario á la santa ley del

Señor. Yo estoy cierto de esta verdad de fe: *Responsio mollis frangit iram* (Prov. xv, 1); la respuesta blanda descompone y desbarata el fuego de la ira; igualmente estoy seguro de que las réplicas duras, tercas y contumaces que les hacéis, no sirven de otra cosa que de aumentar el furor y alejar la paz y buena armonía de vuestra casa: *Sermo durus suscitatur furorem*, dice el Espíritu santo (Prov. xv, 4). Ponéd término á ese impetuoso torrente de palabras, con que sois capaces de sacar de quicio al mismo Job; callad y obedeced, y vereis florecer en vuestra casa la union, la paz y la felicidad, por más áspero é intratable que os parezca vuestro marido.

Admirable prueba de esta verdad nos da S. Agustin, en su buena madre santa Mónica, pues, entre sus elogios, no omite el decirnos la rara prudencia con que ella ganó á su marido, aunque era el hombre más cólerico del mundo. No lo consiguió, resistiéndole ú oponiéndose á su voluntad; no excusándose ella, y acusando á los demás. Su conducta fué más sabia y más cristiana, y ojalá que ella sea el modelo de las mujeres casadas de nuestros tiempos. Pero digámoslo con las mismas palabras del santo, para que lo escuchéis con más respeto. «Mónica,» dice él, «habiendo sido criada segun las más exactas reglas de la honestidad y templanza, y acostumbrada desde su infancia á vivir enteramente subordinada á la voluntad de su padre y de su madre, quiso obedecer tambien al que ellos le dieron por marido. Así le obedecía como si fuera su amo y señor, haciendo tambien cuanto podia para ganarle el corazon, aunque ella no le hablase, sino por la bondad de su conducta y por sus costumbres irreprehensibles; por las cuales la hiciste, oh Dios mio, no solo amable á su marido, sino digna de su respeto y admiracion. Por más infidelidades que su marido le pudiese hacer, jamás ella le hablaba una sola palabra sobre este particular: esperaba con paciencia que vuestra divina misericordia le diese la castidad con la fe. Porque aunque el fuese del mejor natural, se dejaba arrebatar tanto de la ira, que no se puede explicar; pero ella se habia impuesto la ley de no resistirle jamás en sus pronotos, ni hablarle entónces una sola palabra: esperaba á que volviese en sí, y entónces, con oportunidad, le daba razon de su conducta. Acontecia no pocas veces, que varias mujeres venian á hablarla sobre la condicion dura y áspera de sus maridos y los malos tratamientos que les daban; y oyéndolas Mónica, con dulzura y afabilidad les decia: tenéd cuidado de vuestra lengua: callad, acordándoos que no conviene á las inferiores levantar cabeza en presencia de sus superiores. Si vosotras os acordaseis siempre de esta verdad, no tendriais esos sentimientos, pues quando os casasteis, bien podiais haber compren-

dido que era un contrato de servidumbre el que entónces hicisteis. Y cuando ellas se maravillaban de la paz que habia en casa de Mónica, no obstante que ellas sabian el genio duro, cólerico y arrebatao de su marido, y le preguntaban, ¿cómo podia ser esto? ella volvía á responderles lo mismo; esto es, que callasen y obedeciesen como ella callaba y obedecía, y así jamás entenderian los vecinos las desavenencias domésticas. Algunas tomaban el consejo, les iba bien y le daban las gracias; pero las que no lo observaban, continuaban en su infelicidad (AUGUST. LIB. IX, CONF.)»

Aquí tenéis, señoras mujeres, el admirable ejemplo que os propongo, el mismo que S. Agustin proponia á las mujeres de su tiempo. No lo olvidéis jamás, si queréis experimentar en vuestra casa los dulces efectos de la paz y union mútua entre los casados. La Iglesia obedece á Jesucristo como á su cabeza y superior; vosotras debéis obedecer á vuestro marido como á vuestro superior y cabeza. Esta es vuestra primera obligacion para con ellos: *Vir caput est mulieris sicut Christus caput est Ecclesie*. La segunda obligacion es atender al gobierno interior de la casa cuidadosamente.

2. Cuando la union de la caridad reina entre el marido y la mujer, todos los bienes, dice S. Juan Chrisóstomo (CHRYSOST. IN GENES. HOMIL. 38), les vienen con ella, porque este amor recíproco les atrae con abundancia las bendiciones de Dios. La experiencia de cada día acredita esta verdad: la paz hace en las familias lo que en los reinos, llenándolos de una feliz abundancia; pero, es del todo imposible establecer esta felicidad en los reinos ni en las familias, mientras que primero no se establezca el orden en todas las cosas. De aquí se infiere, que entre las obligaciones comunes al marido y la mujer, no solo la costumbre aprueba, sino que la misma razon dicta, se divida y comparta el cuidado de la familia, de manera que el marido tenga el cuidado y el manejo de las cosas exteriores, y la mujer el de las interiores de la casa. Ved ahí el orden establecido en vuestro estado.

En esta division de cuidados, la parte más grande recae sobre la mujer, porque ella es principalmente la que debe atender á que todos los domésticos cumplan con su obligacion, que los hijos sean educados en la piedad y santo temor de Dios, y que todas las demás cosas de comida, vestidos, muebles ó ajuares de la casa estén como corresponde. A ella pues le incumbe todo esto; pero siempre con la dependencia á la inspeccion general del marido. Dos cosas debe observar la mujer para cumplir con esta grande obligacion: la primera, asistir en su casa con la mayor frecuencia; y la segunda, vivir en ella con la

mayor vigilancia. Cuando S. Pablo da reglas á su fiel discípulo Timoteo, para que instruya al pueblo que Dios le habia encomendado, se las da para todos los estados y para toda clase de personas. Esto nos demuestra, que no solo no es ajeno de un ministro de Jesucristo el instruir á cada uno en sus obligaciones, sinó que debe practicarlas así, diciendo á cada uno lo que debe hacer y lo que debe omitir para salvarse.

El santo Apóstol le dice á Timoteo, que reprenda á las mujeres ociosas, parleras, que andan de casa en casa, de corrillo en corrillo, turbando la paz de las otras familias, despues de haber abandonado el cuidado de la suya y turbado á sus domésticos con sus palabras inútiles, y aún perjudiciales: *Simul autem et otiosae discunt circumire domos: non solum otiosae, sed et verbosae, et curiosae, loquentes quae non oportet* (Ad TIMOTH. v, 15). Y á la verdad, señores, si un obispo no residiese en su diócesi, si un párroco abandonase su parroquia, si un rey se ausentase de su reino, ¿qué confusion, qué laberinto de desórdenes no se experimentaria en todas partes? Pues esta obligacion que todos tienen á residir en su distrito, para atender al buen órden de sus respectivos súbditos, esa misma teneis vosotras para asistir en vuestra casa, y no salir de ella sin manifiesta necesidad. Ved ahí vuestra obligacion; ved la causa por que debéis cuidar de vuestra casa, asistiendo en ella con la mayor frecuencia: *Domus curam habentes*, como decia tambien el mismo apóstol S. Pablo (Ad TR. II, 5).

Pecan contra esta obligacion las mujeres ociosas, que, sin gran necesidad, abandonan sus casas por andarse en romerías, en fiestas de novillos, en toros ó teatros, como si no tuvieran hijos que criar, criadas que instruir, ropas que coser, comida que guisar, y demas labores domésticas á que atender. Faltan tambien á esta obligacion aquellas mujeres dejadas, desaseadas y perezosas, que aunque están en su casa, andan sus hijos hechos un andrjjo, los vestidos de su marido rotos, los muebles de la casa hechos un asco, y todo hacinado y sin conserjto, por no aplicarse á coser, á hilar, lavar, barrer, y todo lo demás que conviene y debe hacer una mujer cuidadosa de su casa. Faltan tambien á su obligacion aquellas mujeres ilusas, que bajo el pretexto de una mal entendida devocion, se andan la mayor parte del día de iglesia en iglesia, y cuando vuelven á su casa, es ya demasado tarde, y como viene el marido y halla las cosas por hacer, se desatina, y lleno de furor da contra la mujer y sus devociones, contra sus consultas con el padre espiritual, y contra sus jubileos, comuniones y demas ejercicios espirituales; llegando el delirio de semejantes insen-

satas hasta pensar que todo es artificio del demonio para impedir las sus frecuentes confesiones y comuniones, y el estarse largas horas en la iglesia. ¡Señoras! señoras! no nos equivoquemos; no hay verdadera devocion donde falta el cumplimiento de la propia obligacion. Sin poner por cimientto del camino del espíritu el exacto cumplimiento de las obligaciones del propio estado, es una necesidad pensar andar un solo paso hácia la perfeccion. San Pablo, en la instruccion que da para las casadas, no hace mencion de vuestros ejercicios: oid sus palabras: *Volo ergo juniores nubere, filios procreare, matres familias esse, nullam occasionem dare adversario maledicti gratia* (I. Ad TIMOTH. v, 14): quiero pues, dice S. Pablo, que las mozas se casen, que crien sus hijos, que sean buenas madres de familia, y vivan tan irreprochables que no den el menor motivo á los maldicientes para censurar su conducta. ¿Lo habéis oido? encontráis en estas palabras, que podeis salir de vuestra casa sin verdadera necesidad? Mirád como dije bien poco há, que vuestra primera obligacion era asistir en casa con frecuencia: pero tambien aadi, que debiais vivir en ella con la mayor vigilancia. Porque ciertamente la mujer no debe estar en casa como un cuerpo muerto, ó un mueble inútil, sino que debe atender á que los hijos, las criadas, los criados, la comida de todos, el vestido de todos, la habitacion de todos esté como corresponde; debe, en suma, atender á todo, para que en todo resplandezca el buen órden, que es el mejor adorno de las casas. Cuando Salomon forma el elogio de la mujer fuerte, no dice que sabia danzar con ligereza, tocar con primor los instrumentos músicos, adornarse con elegancia, andar con estudio, ó más bien con pasos meretricios, hablar de modas, tratar en encajes, blondas, flores y otras fruslerías; nada de esto dice, porque, en tal caso, no hubiera hecho más que formar la pintura de una inútilísima muñeca: lo que dice de una buena mujer casada, es, que buscó lana y lino, y que lo trabajaba con sus manos; lo que dice es, que esta su honesta ocupacion no la estorbaba el repartimiento de la tarea á cada uno de sus domésticos, ni el velar sobre que cada uno desempeñase su encargo; lo que dice es, que este buen gobierno de su casa ganaba el corazon de su marido, que confiaba en ella enteramente; y lo que por último dice es, que la mujer sabia edifica la casa, y que la mujer necia la destruye (PROV. XIV, 1). Esto es parte del heramoso elogio que hace Salomon de una buena mujer casada que asiste en su casa con la mayor frecuencia y vive en ella con la mayor vigilancia. Hacedlo así vosotras, y mereceréis, no reprehensiones, sino alabanzas por el exacto cumplimiento de vuestras obligaciones. Vamos abreviando esta doctrina, y digamos algo de la obligacion

de las mujeres en partir con sus maridos los trabajos y tribulaciones que Dios suele repartirles.

3. La paz, la concordia y la verdadera union forman como el alma del cristianismo. Esta union les hace ser miembros de una misma cabeza, que es Jesucristo, y por ella son hijos de su propia esposa la Iglesia. Cuando esta tierna madre de todos los fieles ora, decia san Ambrosio, lo hace en nombre de todos sus hijos; cuando gime, es por todos sus hijos: todo es comun para sus hijos, oraciones, lágrimas, gemidos: *In commune orat, in commune operatur*. Por esta razon S. Pablo aconsejaba á los Colosenses (Ad colos. iii, 15), que se sufriesen mutuamente unos á otros, perdonando cada uno á su hermano los motivos de queja que pudiera tener contra él, para que se vea en todas partes, dice el apóstol S. Pedro (I Petr. iii, 8), una bondad compasiva, una amistad como de hermanos, una afeccion llena de ternura y una dulzura que gane los corazones, manteniendo la union que la sangre de Jesucristo, la participacion de unos mismos sacramentos y la esperanza de un mismo galardón ha establecido entre todos. Las personas casadas, no solo pertenecen á Jesucristo por esta union de todos los cristianos, sino que le pertenecen tambien, por representar con su matrimonio la admirable union de Jesucristo con su amada esposa la santa Iglesia.

Por esta duplicada razon, están más obligadas las mujeres cristianas casadas que cualesquiera otras á tomar parte en los trabajos de su marido, y en los males de su casa, compadeciéndose de ellos y procurando su alivio. Con una compasion, digo, no inútil ó infructuosa como la de varias mujeres, que todo se les va en gemir y llorar inútilmente cuando les acontece alguna desgracia, sino con una compasion llena de caridad, que busca en ellos el remedio que su Majestad intenta de la enmienda de nuestra vida por el misericordioso castigo de nuestras culpas, y que en todo adora la voluntad de Dios, sin la cual nada acontece en el mundo; con una compasion como la que tenia S. Pablo, cuando decia: *Quis infirmatur, et ego non infirmor?* (Ad cor. xi, 29.) ¿Quién de vosotros está enfermo, sin estarlo yo tambien por el amor que os tengo? Y es como si dijera: si el marido enferma, debe la mujer con una caridad sin limites asistirle, animándole y consolándole con aquellas bellas palabras de Tobias á su padre: *Forti animo esto, in proximo enim est ut à Deo cureris* (Tob. v, 15): ten buen ánimo, y espera en Dios que curará tu enfermedad; y despues de consolarle de esta suerte, procurar que se llame á los facultativos, darle las medicinas y alimentos que ellos dis-

pongan, visitarle con frecuencia y procurar de todos modos su restablecimiento. No sea que si la mujer omite esta grande obligacion, oiga sobre sí la maldicion de Dios en su formidable juicio, cuando diga: apartáos de mí, malditos, al fuego eterno; porque estuvé enfermo, y no me visitasteis. Y si la pobreza de la casa fuese tan grande que no pueda la mujer pagar á los facultativos, ni traer las medicinas necesarias, ni darle los alimentos precisos, ni acomodarle en una cama decente y limpia por la falta de ropa, de modo que pueda decir con David: *Infirmata est in paupertate virtus mea*; en este caso, deponed la vanidad, desterrad la precaucion que muchos tienen, y conducid vuestro marido al santo hospital, donde hallará cama, medicinas, asistentes y cuanto necesite. ¡Qué necedad, señoras mujeres! ¡qué estupidez! Exponer vuestros maridos á la muerte, por falta de la necesaria asistencia en vuestras casas, y no querer conducirlos á estos utilísimos establecimientos de la caridad! ¡Extraña preocupacion! Lo mismo digo si el marido se hallase encarcelado, desterrado ó perseguido, pues debe la mujer visitarle y socorrerle por cuantos medios licitos la sean posibles. En suma, por no hacerlos interminables con la enumeracion de muchos casos en particular que pueden acontecer en un matrimonio, debe la mujer obedecer á su marido en cuanto no sea contrario á la ley santísima de Dios; debe asistir en su casa con la más grande vigilancia para apartar á sus hijos y domésticos de todo lo malo, y enseñarles con su ejemplo y doctrina todo lo bueno; y debe finalmente compadecerse con un amor tierno y activo de los trabajos corporales y espirituales de su marido y familia, y procurar su remedio, haciendo con él todos aquellos buenos oficios que ella quisiera se le dispensasen, si en semejante situacion se hallara. Estas son, señoras casadas, vuestras obligaciones: cumplidas, y haréis felices vuestros matrimonios: sed humildes, sed castas, obedientes, laboriosas, vigilantes, compasivas, *et Deus pacis erit vobiscum*; y el Dios de la paz será con vosotras, con vuestros maridos y vuestros hijos. Sufríos mutuamente unos á otros la diferencia de genios, la diversidad de opiniones, perdonándoos con facilidad vuestros defectos; llevad en paciencia y con un espíritu de verdadera penitencia los disgustos y trabajos de vuestro estado; y por último, amaos tiernamente en la caridad de Jesucristo, y seréis felices en la vida, más felices en la muerte y felicísimas en la gloria, que á todos deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo. Amen.

## MUJER.

(SU INFLUENCIA.)

### II.

*Virgines sequuntur agnum quocumque fuerit.*

Las vírgenes acompañan en todas partes al Cordero.

(APOC. XIV.)

¡Qué hermosos, qué magníficos son, hermanos míos, los privilegios que Jesús dispensa á la jóven, que solo quiere inspirarse con el Evangelio y no teme presentarse en el mundo como hija verdadera de Jesucristo! La sublimidad á que la eleva esa admirable virtud de castidad que forma su más bello ornamento, la hace respetable á los hombres en la tierra y la promete los más hermosos privilegios en el cielo. ¡Dichosas las vírgenes á quienes adorna y santifica una heroica virtud, como la religion santifica los templos! ¡Dichosas vírgenes! floreced con el candor de la azucena, derramad los aromas de la gracia y de la piedad. El ilustre obispo S. Cipriano las llama flores olorosas de la Iglesia, obras maestras de la gracia, ornamento de la naturaleza, imágenes de Dios en que se refleja la santidad de Jesucristo, la parte más ilustre de su rebaño. Han empezado á ser en la tierra, añade, lo que un día seremos en el cielo. Despues de los mártires, las vírgenes ocupan el primer puesto: igual valor, igual desprecio del mundo y de la carne. Es costoso subir á las alturas y encumbrarse á la cima de los montes. Así que una jóven toma el Evangelio por regla de su conducta, entra en posesion de la gloria.

¡Magnífico elogio, hermanos míos, para tantas jóvenes cristianas que tienen el noble valor de la abnegacion! Y sin embargo, el mundo es injusto con ellas, no toma en cuenta sus numerosos sacrificios; añadamos que el mundo desconoce su noble mision y no sabe la gran influencia que en premio les concede Dios sobre la familia en que las ha colocado.

Voy, pues, á exponeros hoy la mision de la doncella en su familia y en el mundo. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Toda jóven que quiere conservar su dignidad, cumplir la alta y sublime mision que Dios la ha confiado, hasta que la dé otras bajo el título de esposa y de madre, debe desde luego penetrarse de que necesita conservar cuidadosamente su pureza y llenarse del espíritu de Jesucristo: solo con esta condicion tendrá influjo en la familia y en los que la rodean. Por más corrompido que esté, no puede ménos el mundo de admirar la virtud, y en especial la de castidad. La jóven cristiana contiene en si misma todo lo necesario para ejercer una influencia legítima; no solo lo hará con las prendas corporales de que Dios la ha dotado: su pudor, su modestia, su abnegacion, su sinceridad, sus tiernas afecciones, la hacen todavía más amable. No la presta encantos el brillo de las pedrerías, ni la riqueza y elegancia de sus vestidos, fútiles y vanos adornos, sino todo lo que embellece el alma y el corazon: la abnegacion, el espíritu de sacrificio, la oracion del día y de la noche, la sencillez de costumbres, la modestia de las palabras, la resignacion en los males, la bondad, la tierna compasion; la serenidad de su frente, la calma y la paz del corazon que resplandecen naturalmente en el exterior y comunican á sus facciones cierta suavidad y ternura; sus ojos, su lenguaje, su porte sencillo, su paso modesto, su jovialidad tranquila y moderada, todo, en una palabra, agrada ó inspira el aprecio y la confianza; cual suave aroma cuya deliciosa esencia balsama, no solo el vaso que lo contiene, sino tambien los objetos que lo rodean, ella esparce en torno suyo el buen olor de Jesucristo y goza ya de una influencia legítima. Pero, lo que sobre todo la hace admirable y recomendable, es su pureza. Todo el mundo comprende los grandes sacrificios que han de hacerse para practicarla; nadie ignora lo que cuesta ser fiel á las leyes de la castidad cristiana: luchas violentas, guerra sin tregua; necesitase un alma fuerte, una resolucion perseverante para triunfar de las impresiones de los sentidos, para andar sobre ascenas sin sentir la llama, y en medio de las espadas sin sufrir heridas. La castidad es un combate encarnizado contra la frágil naturaleza: es la vida de los ángeles en una carne débil; es una lucha perpétua entre el cielo y el inferno, entre la muerte y la inmortalidad. Ved ahí lo que todo el mundo comprende, y lo que hace á una jóven cristiana cara y respetable á su familia y á cuantos son testigos de su virtud; ved ahí porque la gente se halla tan bien dispuesta á complacerla, á concederla lo que desea su alma pura.

Ahora bien: ella se vale de esa legítima influencia, fruto de sus virtudes, para hacer amar la justicia, la religión, la piedad, empleando sus ejemplos, su palabra, y, en caso necesario, sus solícitas exhortaciones. Eso es lo que hacen cada día un sin número de jóvenes cristianas, que con el ascende de sus amables virtudes, obtienen con frecuencia tan hermosos triunfos, inscritos en el gran libro de las recompensas.

Aquí, es una amable y virtuosa hermana, que lamenta los desórdenes y la vida licenciosa de un hermano querido: es buena, indulgente, cede á todo lo que puede agradar; pero expresa fácilmente, en medio de las expansiones de la más exquisita ternura, que desea con ahínco una conversión á Dios, á la virtud. Sus ruegos, sus instancias, sus gracias ingénuas, todo parece inútil. El pobre niño perdido ama á su hermana; pero, resiste á sus ardientes exéplicas y hasta se burla de lo que llama fanatismo y exigencias exageradas. De repente, la jóven cae enferma y aqumora á toda la ciudad con su paciencia, su resignación, su evangélica mansedumbre, en medio de los más vivos sufrimientos. Habla á su hermano, á quien ve llorar junto á su lecho, le hace sus últimas recomendaciones; el hermano vacila, camina incierto, y empéñase en su corazón un rudo combate. Al fin triunfa la gracia; cae de rodillas y exclama: Satisfecha estarás, ángel mio; me rindo, soy cristiano.

Allí, es una jóven virgen, débil y doliente, encerrada en la oscuridad de una casa de campo, practicando lejos del mundo las humildes virtudes cristianas. Sus encantos causan más efecto en el corazón de su hermano, vauel del campo, que los medios más persuasivos á los ojos de la sabiduría humana: él ha visto la desgracia de los mundanos que solo buscan los placeres y la gloria; ha oído á los mejores predicadores de la época, y ha sido objeto de las gestiones de los más santos directores á quienes su familia le había dirigido secretamente. Todos esos medios han fracasado. Su piadosa y amable hermana es quien, en los designios de Dios, debe persuadir á ese jóven por tanto tiempo insensible y rebelde; él nada puede negarla porque la ama; ella obtiene poco á poco de su hermano las prácticas religiosas, y al fin le conduce insensiblemente á la virtud. Él había dicho á Dios: No serviré, satisfaré mis pasiones y me libraré de todo yugo. Creíase bastante fuerte para luchar contra el cielo, y hé aquí que los encantos de su virtuosa hermana le vencen como á un niño.

Allá, es una amable hija, justamente amada de su padre, la cual se insinúa diestramente en su ánimo, granjeándose su confianza, forma el consuelo de su vida, y á fuerza de atenciones y cuidados, de afecto

sincero, le inspira amor al deber, creencia en Dios y en la virtud, y le lleva á la práctica de los deberes por él desatendidos desde hace tiempo.

Acullá, es otra hija tan exacta en sus deberes de familia, tan amable, tan obediente, que impresiona el corazón de una madre ¡ah! no muy fiel por su parte. La conducta de su hija es una lección continua y una reconvencción para esa madre ligera, que se avergüenza por fin y se reconcilia con Dios, que hace dichosa á su hija.

2. Y la doncella no ejerce solamente su virtuosa influencia en la familia, sino en toda la sociedad. Su exterior modesto y gracioso, su porte sencillo y recogido, todo en ella alienta á la virtud. Muchas veces sin duda habreis encontrado á una de esas jóvenes vestidas de azul, llevando por cinturón un cándido cordón, y cuyos cabos penden graciosamente hasta el suelo. A despecho de vuestras preocupaciones, de seguro no habreis hecho tal encuentro sin que un pensamiento de inocencia ó de virtud se haya deslizado con paz y ventura en vuestra atareada alma; pues á los celestiales matices, que reflejan aquellas túnicas azules, se asocia el pensamiento de la dicha que proporcionan la paz del alma y la pureza de la vida.

¡Ah! vosotros, mundanos que abrigais un corazón gastado y consumido por un pasado sin virtudes; no podeis comprender bien el fervor y amor, la inocencia y candor, la nobleza y santa caridad que encierran las almas tan hermosas de esas sencillas y castas jóvenes; con todo, su traje debe pareceros perfumado de divinos y misteriosos pensamientos: su vestido de un azul peregrino parece traído por mano de los ángeles: no parece sino que María ha formado sus graciosos pliegues y que ella misma ha anudado el blanco cinturón de lana.

Jóvenes, pasad sin temor: las miradas de todos se bajarán respetuosamente. Vuestro paso es muy honesto y los perfumes que dejais en pos muy suaves para que tengais nada que temer; pasad... ¡Cuán dichosas sois, amando así á María, á la soberana del cielo! Llevadlo mucho tiempo ese hermoso vestido; él ocultará aún mejor á los ojos del profano vuestro vestido de inocencia. Llevadlo mucho tiempo el vestido de la Virgen, y tendreis mucho tiempo vírgenes los corazones. El mundo os habrá ya borrado de sus fiestas; vuestro piadoso traje sentaría mal en medio de sus galas mundanas y tan pronto ajadas. Pero vuestras propias fiestas son bastante hermosas.

¿Habeis visto también, hermanos míos, esos coros de vírgenes cuando rezan el rosario al pie de un altar de la Madre de Dios? ¡Qué

melancólica y tierna, qué llena de indefinido armonía es aquella voz piadosa que se oye en el fondo del santuario y que sola interrumpe el silencio de la santa casa! Pero, escuchad... otras voces responden. Son santas y jóvenes doncellas que rezan el rosario. ¡Cuán reogidas están! ¡Con qué fervor oran! el devoto de María tiene un corazón muy amante. ¿No es verdad, mancebo, que esas dulces voces, que rezan el rosario, guirnalda de misterios y de amores; no es verdad que esas voces, que resuenan armoniosas en los tabernáculos de Dios, penetran profundamente en tu corazón? ¿Sabes por qué esas jóvenes ruegan á María con tanto fervor? Porque tienen un corazón tierno, benéfico, compasivo. Ellas ruegan por todos los que sufren ó se hallan necesitados; sienten sobre todo una tierna compasión por sus hermanos en Jesucristo, que se descarrian en las sendas de la duda, de la indiferencia y de las malas pasiones. En sus corazones hay como torrentes de beneficencia: ellas suplican con lágrimas en los ojos á la Madre del pecador, que le convierta á Dios. ¡Oh! coroné el cielo sus deseos y ruegos, pues también por ti ruegan é interceden cerca de María. Una de ellas, cuando sus compañeras iban á orar, ha dicho por todas: Roguemos por los pecadores, roguemos que María les convierta y salve; ofrezcamos por ellos nuestro rosario. Y ved ahí porque tantos pecadores que habían vivido apartados de Dios, vuelven á mundo, despues de participar de los delirios del mundo, á regar humildemente de lágrimas amargas los altares de María, como antiguamente Magdalena los sagrados piés del Salvador. Eso nos explica tantas conversiones súbitas ó progresivas, de las que el mundo á veces se admira, porque no comprende que María desde el cielo ha escuchado á la humilde virgen, que la ha pedido con tanta pureza de corazón su poderosa intercesión en favor de tantas almas extraviadas que se pierden.

Comprended pues bien, doncellas, la alta y sublime mision que Dios os ha dado en la tierra: mision grande, magnífica. Ya veis que se trata de ser apóstoles de la virtud en vuestras casas, y modelos de piedad en el mundo; pero, para eso es absoluta y necesariamente preciso, que seais virtuosas, piadosas. Trabajad pues cada dia para crecer en virtudes cristianas; ejercitaos particularmente en la modestia, adorno y escondo de la virgen cristiana. Pensad que todo lo habeis recibido de Dios, que os pedirá cuenta del talento, ó de los diez talentos que os haya conñado, y haceldos fructificar al céntuplo. Así le sereis gratos y merecereis entrar un dia en el reino de los cielos.

---



---

## MUJER.

(SU INFLUENCIA.)

### III.

*Mulieres subdita sint viris suis: ut et si qui non credunt verbo, sine verbo lucrifiant.*  
 Las mujeres sean obediétes á sus maridos: á fin de que con eso, si algunos no creen por la predicación de la palabra, sean ganados sin ella.

(1 PETR. II, 4.)

Mucho se ha hablado y escrito, particularmente desde hace medio siglo, de la cuestion del matrimonio. Los filósofos han trabajado mucho para encontrar su verdadera constitución; los legisladores han procurado infructuosamente fijar los derechos y los deberes de los esposos; y despues de tantos estudios é investigaciones, todos en el dia están ménos de acuerdo que nunca sobre esta importante y fundamental cuestion. Yo abro el Evangelio, y en dos palabras veo claramente trazados los derechos y los deberes de los esposos: en dos palabras hallo la solución de todos los problemas que ni filósofos ni legisladores han podido resolver. Hé aquí estas dos palabras: hombres, amad á vuestras esposas; mujeres, estad sujetas á vuestros maridos, si son cristianos. Ved ahí resuelta toda la cuestion, hermanos míos; ved ahí allanadas todas las dificultades que han embarazado á los sabios y á los políticos. Ame el marido sincera, eficaz y constantemente á su esposa, y la hará feliz; déjese la esposa gobernar por su marido, sea su grata y fiel compañera, y hará su dicha, y la familia estará fuertemente constituida, y la sociedad, basada en la familia, será fuerte y próspera.

Mas ¡ay! ¡cuán diferente es lo que pasa hoy dia! Los matrimonios están desunidos, porque no son más que un negocio de interés, y la palabra de Dios está muy lejos del hombre que contrae matrimonio. El Estado está alterado porque ya no hay amor ni virtudes de familia. La jóven esposa no prodiga ya á la familia ni á la sociedad



los beneficios que tenia la mision de derramar en ellas, porque esta mision sublime que recibiera de Dios, ya no está preparada, ni es dada ni apreciada.

Sobre esa mision sublime de la mujer, considerada como esposa, quiero llamar hoy un poco vuestra atencion. La ventura de toda la sociedad depende de la familia, y ya sabeis que la esposa hace la familia á su imágen y semejanza.

¿Cómo llega á ejercer en la familia el sacerdocio sublime de hacerla honrada y dichosa? Cúmplelo con la triple influencia que ejerce en el ánimo, en el corazon y en la voluntad de su esposo; 1.º con la influencia que en su ánimo ejerce, cultiva y suaviza las costumbres; 2.º con la que ejerce en su corazon, le hace creer en Dios y en la religion; 3.º con la que ejerce en su voluntad, le induce á practicar la virtud. Os lo demostraré despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. La esposa que llena bien sus deberes, es una escuela perpétua de dulzura y de humanidad. Al recorrer los anales de la historia hallamos en todas partes la influencia blanda y persuasiva de la mujer, dulcificando las costumbres salvajes, domando con la gracia y la suavidad los caracteres más feroces. Hay en las miradas, en el sonido de la voz, en los ademanes y expresiones de una mujer suplicante una fuerza irresistible que triunfa de los más duros corazones. Ved á Genoveva, á la virgen de Paris. Atila, el feroz rey de los Hunos, acostumbrado á la sangre y á la carnicería, marchaba á la cabeza de un numeroso y formidable ejército. Ya la Alemania habia experimentado los tristes efectos de su furor: ya la Francia estaba inundada por aquel impetuoso torrente que sembraba el terror y el espanto y llevaba á todas partes el estrago y la desolacion. ¿Qué oponerle, y cómo conjurar aquella horrorosa tempestad, de que estaban amagadas tantas provincias? ¿Será con las súplicas y con las exposiciones de los hombres más principales, que hacen sucesivamente y sin cesar nuevas tentativas para aplacar al temible conquistador? Engreído con sus triunfos, Atila es más audaz é intratable. ¿Será con la multitud de los combatientes? Pero todo cede á su presencia y á su paso; no hay obstáculo que le detenga. ¡Ah! cristianos, acércaos empero la hora en que el cruel tirano debe verse vencido, en que todas sus fuerzas van á ser impotentes, en que aquel tizon humeante, como dice Isaldas, será apagado; y ¿cómo? bastan para ello algunas lágrimas y la mirada plácida de una jóven piadosa. Si, esas lágrimas y esa mirada bastan; tórbase el enemigo, llénase súbitamente de pavor, y aquel

formidable ejército es vencido, disipándose la tempestad como el humo.

Lo que hicieron las lágrimas y los ruegos de Genoveva en el corazon del bárbaro Atila, la palabra y los buenos ejemplos de una mujer virtuosa, lo hacen cada dia en el corazon demasiado duro de su esposo. El ascendiente de una virtud dulce y afectuosa lo temple y suaviza todo: es un calor benéfico que derrite los hielos de los montes escarpados.

2. Pero despues de subyugar con la dulzura ese carácter tan altanero, y de disponerle á las gratas afecciones de la familia, la esposa le induce tambien insensiblemente á creer en Dios, á amar esta religion que inspira tanta abnegacion y que tiene el privilegio exclusivo de dar al corazon el poder de amar siempre.

Una esposa cristiana, firmemente convencida de las verdades de la Religion, y que desea formalmente salvar su alma, no puede ménos de tratar de comunicar á su marido sus convicciones y su felicidad, máxime cuando su fe pelagra y se ve amenazada de perderla si consiente en vivir con su consorte impío ó incrédulo, sin procurar inducirle á sus creencias religiosas.

Una esposa cristiana é inteligente trabajará pues necesariamente en inducir á su marido á la fe: le hará amar esta Religion que la constituye tan amable; desvanecerá las preocupaciones que pudiera tener contra la devocion cristiana, mostrándole cada dia esta devocion tan grata, tan amable, tan atractiva. Permitid que os cite aquí un ejemplo en corroboracion de esta verdad.

En el año 494 de la era cristiana, una horda de bárbaros del Norte, acaudillados por un jefe jóven y valiente de su propia eleccion, hicieron una irrupcion en las Galias; eran los francos, pueblo bravo y guerrero, que habian puesto á su cabeza, elevándole sobre sus escudos, á un jóven soldado de quince años, por nombre Clodoveo. Este jóven, que reveló desde luego un carácter emprendedor y miras profundamente audaces, no tardó en internarse más en las Galias, y pronto se hizo dueño de parte de aquel país, arrancándola de la dominacion romana. Fué rey de los francos; habia elegido por esposa á una jóven princesa, cuyo nombre era Clotilde. Concurrían en ella una verdadera y sólida piedad, y todas las gracias de la juventud y de la hermosura. Amóla tiernamente su esposo, cuyo carácter feroz y bárbaro templaba ella un poco cada dia. No tardó Clotilde en ejercer sobre la misma nacion de los francos el imperio irresistible de que Dios ha dotado la virtud de una esposa jóven. Protegió los lugares sagrados, hasta entónces tantas veces robados é incendiados, y á los

ministros del Señor contra el furor de la soldadesca de aquella época salvaje. Los francos se decían entre sí, maravillados de su gracia y hermosura: el Dios á quien adora, será un Dios bueno y poderoso; ella ruega por nosotros, y su Dios nos dá la victoria; ella socorre á los desgraciados, visita á los heridos y les dice palabras misteriosas que adormecen sus dolores. ¿Quién es pues el Dios de los cristianos? Y ya con la dulzura, ya con la beneficencia, hacia creer en Dios. Cada día hablaba del Evangelio al rey de los francos, suplicábale llorosa que renunciase á sus sangrientos ídolos, á quienes veneraban los francos, y tomase á Jesucristo por su Dios. El rey Clodoveo estaba conmovido, mas no se atrevía á renunciar á las creencias de sus abuelos, por temor de que los francos, airados, desertasen de sus enseñanzas.

Dios quiso enseñar al mundo lo que puede una mujer virtuosa en el corazón de su marido. Conmovido por los ruegos de Clotilde, hizo nacer una circunstancia en que el rey de los francos invocó la protección divina, en una batalla decisiva que hubo de librar á los alemanes en las famosas llanuras de Tolbiach. El primer choque fué terrible. Aquella vez los francos retrocedieron con grandes pérdidas. El rey Sigeberto, aliado de Clodoveo, que había acudido á sostenerle con su ejército, cayó peligrosamente herido en el campo de batalla, y el ejército de los francos comenzó á desbandarse. Al ver aquello, lanzóse Clodoveo en medio de sus soldados, réñeles con voz poderosa, y alzando las manos al cielo: «Bien veo, dice, que los dioses de mis padres son impotentes... Dios de Clotilde, hazme triunfar de esos alemanes que me han atacado injustamente, y te prometo abrazar tu culto.» Dice, y conduce otra vez á sus soldados al enemigo. Pocos momentos despues, el rey de los alemanes es muerto, sus soldados huyen inmediatamente, y luego, arrojando las armas, preséntanse á Clodoveo, se le someten y le reconocen por su rey.

La victoria de Tolbiach, que tan alto puso el poder de Clodoveo, alborozó el corazón de la santa esposa; hizo que se presentase en medio de los francos S. Remigio, obispo de Reims, y ambos les predicaron la fé de Jesucristo durante muchos meses. El día de Navidad tuvo lugar un grande acto en la iglesia de Reims: el rey Clodoveo, seguido de los principales de la nación, fué á las puertas de la catedral para pedir el bautismo y adorar al Dios de los cristianos que le diera la victoria. Despues los reyes francos recibieron tambien el bautismo, y Clotilde, esposa cristiana que habia comprendido noblemente su mision sublime, fué la que preparó á la Francia los beneficios que debió á la fé del Crucificado.

3. Figurémonos uno de tantos hombres como se encuentran en

el día, extraviado temprano por las malas compañías, entregado al triste hábito de placeres groseros y brutales, olvidado de su Dios y de su deber. Cree ó no cree, según los negros vapores que se elevan del fondo de su corrompido corazón eclipsan más ó ménos la luz divina y los resplandores celestes. Si elige á una mujer que se le parezca ó que no tenga la inteligencia de su noble mision, una mujer que se preste á todos sus caprichos, que como él no se ocupe más que con una vida sensual, está perdido, y con él, la familia. Pero si, por el contrario, encuentra ese hombre una mujer que sepa cumplir sus deberes conyugales, ¡oh! entónces ese hombre entrará infaliblemente en el camino de la virtud, por más apartado que de él se vea.

Quando haya vivido durante algun tiempo en la intimidad de su inteligente y virtuosa consorte, habrá advertido mil veces, que ella ha comprendido con admirable discernimiento lo bello de la Religion y lo tierno del amor. La verá amar á Dios con amor ardiente; la verá capaz de un noble entusiasmo por todo lo verdadero, justo y hermoso; atenta á hacer todo el bien que puede, y enemiga irreconciliable de toda accion moralmente baja. A todos esos méritos, verá agregarse un entendimiento cultivado, sin que ella trate de hacerlo brillar; un corazón distinguido, aunque entre tanto se manifieste la más humildad de las mujeres; todas sus palabras, sus acciones todas respiran bondad, elevacion de sentimientos, una firme voluntad de cumplir sus deberes, una atencion continua á no causar pena á nadie, á consolar á los afligidos, á usar del encanto que ejerce para ennoblecir los pensamientos ajenos, una generosidad admirable en olvidarse, en sacrificarse por la dicha de cuantos la aman. ¿Cómo pues, no estimaría ese hombre una virtud que hace tan amable á su esposa?

Pronto viene á ser ella su ángel tutelar: revélese á él como una expresion viva de Dios, que le manda huir de toda baja y hacer todo lo que es loable; él procura merecer su aprobacion y obrar de modo que aquella hermosa alma pueda congratularse de tenerle por amigo. La es fiel para ser justo, para pagar este legitimo tributo de homenaje á tanta virtud, para elevarse á la altura de un sér que le parece tan superior. Hállase dispuesto á esforzarse generosamente para hacerse digno de ella; y un hombre que á tal punto llega, está ya para entrar en el templo de la virtud.

Confesémoslo, hermanos míos, precioso tesoro para un hombre es una mujer cristiana que le ame; quando ella ha comprendido su mision de esposa, despues del ángel, ningun sér sabe amar como ella y nadie tiene tanta abnegacion por aquellos á quienes ama. No hay corazón de que el amor brote con más abundancia y calor que del de

una esposa semejante. La ternura no tiene manantial más fecundo, ni la abnegacion abandono más sublime, ni el sacrificio acciones más santas y más acabadadas que las de su corazon.

La placidez de su mirada calma las tempestades que agitan el corazon del hombre, y el rayo que despiden sus ojos hace bajar un fulgor de esperanza en los sombríos abismos del dolor; su palabra serena la frente oscurecida por la cólera, y atrae los santos pensamientos; el hábito de su boca comunica el calor al alma que el egoismo de los hombres ha helado; el corazon voltario que iba á extraviarse en los senderos de la voluptuosidad y del plácer, se enamora de sus sonrisas como de un seductor incentivo, y su mano es, para quien, abandonado de todos, iba á caer en el abismo, lo que una rama de árbol para el que se ahoga. Las virtudes de su alma impiden al hombre dudar del bien; su fe hace creer en Dios, y su esperanza, en la vida futura. Los inagotables tesoros de su caridad hacen creer en el cielo y saborear de antemano los frutos de la patria celeste; su oracion se extiende cual una sombra protectora sobre todas las virtudes de la familia. Desde entónces el esposo llama á su compañera su ángel custodio, y déjase luego llevar á la práctica de las virtudes cristianas.

Jóven, que te preparas para el matrimonio, cerciórate de las cualidades de aquella con quien habrás de pasar todos los dias de tu vida; solo con la siguiente condicion puede ser feliz un matrimonio; cada uno de los dos esposos debe prescribirse por primer deber esta inalterable resolucíon: Yo quiero amar siempre el corazon al cual he dado poder sobre el mio. Si la eleccion se hace bien, si uno de los corazones no está ya corrompido, es imposible que se corrompa, cuando el otro le colma de atenciones delicadas y de un noble amor.

Y cuando la hubieres dado tu fe y hubieres recibido la suya, no tema tu alma calentarse con la mayor frecuencia posible á la suave luz de su mirada; ábrela tu corazon entero, déjala apoyarse en la fuerza de tu brazo y en tu fidelidad. Está Dios siempre presente en vuestras pláticas, y nunca se encuentren vuestros corazones fuera del pensamiento del Hacedor; adoradle juntos para que podais identificaros en la misma oracion, y hablad á menudo juntos del modo que hablan los ángeles; entónces descenderá Dios en medio de vosotros y vendrá como en los primeros dias á visitar el paraíso terrenal de vuestro corazon, y hablará familiarmente con los pensamientos y deseos de vuestra alma.

Ya veis, carísimos hermanos, lo que sería la sociedad si la mujer, antes de contraer matrimonio, hubiese bebido en el Evangelio las nobles inspiraciones de la vida, y si los maridos no impidiesen, como

suelen hacerlo, el cumplimiento de la sublime mision de la esposa. Viérase surgir un nuevo órden de cosas, que ofreciera entónces el reinado del Espíritu Santo. La familia sería próspera, la sociedad fuerte y feliz, y el cielo se poblaria de escogidos.

## MUJER.

(SU INFLUENCIA.)

### IV.

*Sicut qui thesaurizat, ita et qui honorificat matrem suam.*

Como quien acumula tesoros, así es el que tributa honor á su madre.

(Eccles. iii, 5.)

Uno de los medios más poderosos de remediar los males de la familia y de la sociedad, es la educacion de la juventud. Cultivando la inteligencia y el corazon de la infancia, é imprimiéndoles una buena direccion, se prepara el bienestar de las familias y la prosperidad de las naciones. No hay persona formal y juiciosa que no esté penetrada de esta verdad, la cual fué conocida de los mismos paganos, por la gran claridad con que se manifiesta á todo entendimiento.

Sería por cierto un acto de muy poca discrecion, carísimos hermanos, cifrar la estabilidad de un Estado en intereses puramente materiales, como suele hacerse hoy dia. Perfeccionad la agricultura, y prevenís una hambre; con un comercio floreciente multiplicais las riquezas; una poblacion siempre creciente y ejércitos bien disciplinados, inspiran terror á las naciones rivales; el esplendor de las artes y de las ciencias da una honrosa supremacia sobre los demás pueblos; ingeniosas combinaciones políticas y la habilidad del diplomático equilibran los intereses y las pasiones; esos, lo confesamos, son bienes preciosos, apetecibles, pero que no bastan para constituir un pueblo feliz; con todas esas brillantes exterioridades, se puede estar muy cer-

ca de la ruina. Lo que ante todo se necesita, es la estabilidad en las instituciones, la obediencia á las leyes, la subordinación á la autoridad, el respeto á los principios de la eterna justicia. Necesitanse costumbres públicas: en la familia, la autoridad paternal, la piedad filial, la union conyugal, la fidelidad de los criados, las virtudes domésticas; en la sociedad, la probidad del comercio, la fidelidad del artesano, la bondad del rico, la moralidad del obrero, la sensibilidad del industrial, el desinterés del magistrado, la virtud honrada, el mérito premiado, el crimen condenado; ved ahí lo que forma la vida de una nacion y lo que solo puede ser fruto de una educacion sólida.

Ved, amados oyentes, ved el órden social alterado hasta en sus cimientos, oíd el impetuoso huracan de las revoluciones que lo destruye todo sin edificar nada en cambio; contemplad los pueblos, cansados de vivir en medio de los escombros, caminando por un terreno siempre minado bajo sus pasos. La sociedad está herida en el corazon, y esta llaga mortal la hará caer en disolucion, si no se la aplica un pronto remedio. ¿Qué remedio es ese? Una buena educacion de la juventud; pero esta educacion debe prepararla principalmente la madre de familia, formando el *entendimiento*, el *corazon* y el *carácter* del niño. Solo á ella está reservada esta sublime y noble iniciativa, como vamos á demostrarlo, despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. En la actualidad, toda la Europa está buscando los medios de calmar el huracan impetuoso de tempestades y revoluciones que sucesivamente estalla sobre cada Estado. Pobres pasajeros en esta tierra de pasiones y tinieblas, nos agitamos para sorprender las revoluciones en su curso y para sacar de ellas el triunfo de nuestros sistemas y esperanzas; y vemos que nuestras disputas no fundan cosa alguna porque se nos escapan las generaciones. La educacion es todo el porvenir: la educacion es la razon y el fin de todas las revoluciones; la educacion puede disponer un pueblo á la anarquía, á la esclavitud, ó á la libertad.

El que en el silencio y retiro de la familia se ocupa en preparar entendimientos rectos, justos, y de buen temple, trabaja más para el bien de la sociedad y se muestra mucho más previsior, que el que procura dominar los partidos con la autoridad, ó el talento, ó el ardor de las intrigas. Este obra sobre un presente que se le escapa, mientras el otro se endereza á lo porvenir.

Pero ¿quién más que una madre inteligente podrá contribuir á reformar el espíritu de una sociedad, á modificarlo, á encaminarlo á lo

verdadero, única direccion que le impide extraviarse? Vedla con su tierno hijo de cuatro ó cinco años; el niño es curioso y hace cada dia mil preguntas; pues la pobre criatura no sabe por sí mismo y necesita aprenderlo todo. La jóven madre responde á todas sus preguntas, dándole sobre cada objeto ideas precisas y claras; le enseña á juzgar de las cosas, no por las apariencias, sino por la experiencia ó la alta razon de Dios; enséñale á desconfiar de los sentidos, de sus deseos harto vivos, y hácele comprender que es menester preferir el sentido comun, el conocimiento de todos, á su propio conocimiento y á su propio parecer. ¡Dichoso niño! yo deseo verle mucho tiempo en el regazo de su madre, no para que reciba caricias que le corrompan, sino consejos y conocimientos que le preparen un entendimiento recto y elevado, para vivir un dia en la sociedad: dirigiendo suavemente sus primeros pasos, y consolando sus primeros dolores, le inspirará los primeros pensamientos y le proporcionará las primeras luces. Le hablará de Dios ántes que todos, y le abrirá los ojos sobre este vasto universo. Por la noche, al aspecto de un cielo estrellado y resplandeciente de luces, sumirá su jóven alma en la inmensidad y hará brillar en ella las ideas más grandes y sublimes; le contará algunas de las maravillas de la creacion, y ya le hará comprender las ideas filosóficas de Dios, de los ángeles y de nuestro destino; le dirá que todo nace y muere, ménos Dios, ménos el alma, y de este doble milagro de la vida y de la muerte hará deducciones que el niño ya sabrá entender. Al enseñarle uno que ha pegado á su compañero, le dará una idea exacta de la bondad y de la justicia; al mostrarle un pobre, le dirá que todos somos hermanos y lo que debemos hacer para no caer en el mismo estado; y así, sobre cada acontecimiento que sorprenda los ojos de su hijo, formará un entendimiento justo, un juicio sano, un raciocinio sólido; pues el lenguaje de una madre es claro, límpido, hace adivinar lo que aun no puede concebirse. Ved sino al niño que ruega á Dios, arrodillado en el regazo de su madre, con las manos juntas, baja la vista y atento el ánimo. ¿De qué dimana ese poder? La oracion es una elevacion del alma á Dios, es un acto sublime. ¿Por qué este niño jugueton y travieso es capaz de subir así á los cielos, de hacer la accion de un filósofo? Este milagro es de la madre. El niño aún no sabe nada, y Dios le es ya presente; Dios, sér misterioso que ejerce la inteligencia de los génius más profundos! ¡Oh ciencia de una madre, cuán grande eres, y qué bien sabes comunicarte al niño!

2. Pero la madre, sobre todo, forma perfectamente el corazon del niño. La tarea de educar á un hombre no consiste solo en el desarrollo de su entendimiento; el entendimiento es una de las facultades del

hombre, pero no todo el hombre; el hombre tiene tambien un corazón que es menester hacer bueno, sensible y compasivo. Dad toda la sávia de un árbol á una sola rama, y las demás languidecen, quedando solamente á nuestros ojos la vista de un objeto monstruoso. Esto sucede con harta frecuencia entre nosotros; una sola facultad le absorbe todo, y uno se cree bastante hombre si es bastante inteligente. ¡Error deplorable, funesto! Para nada es bueno el hombre con solo el cultivo del entendimiento. Los conocimientos humanos, sin la moral que rige al corazón, conducirían al hombre á la barbárie; no son más que artes, oficios, diversiones, y á veces instrumentos terribles de destrucción. Sin las virtudes del corazón, esos conocimientos han redundado siempre en grandísimo perjuicio de la sociedad.

El objeto principal de la educación no consiste, pues, en multiplicar sábios, sino en hacer que cada ciudadano sea capaz de cumplir su destino particular, en preparar á la familia y á la sociedad hombres que les procuren todo el bienestar, todo el esplendor y toda la fuerza que tienen derecho á esperar. Adquiriendo las nociones fundamentales de la ciencia, el niño debe pues recibir las lecciones fundamentales de la moral y de las virtudes cívicas. La sociedad no pide solo hombres instruidos, sino, ante todo, ciudadanos generosos, buenos padres de familia, hombres honrados y virtuosos. Un pueblo compuesto solamente de literatos y sábios no podría existir en sociedad, en razon á que la sociedad tiene condiciones materiales que los sábios y los literatos no pueden ni quieren cumplir.

Ahora bien, hermanos míos, ¿quién preparará á la familia y á la sociedad esos hombres virtuosos, sensatos y honrados, esos ciudadanos generosos? ¡Oh! sin duda, será, sobre todo, la madre de familia que comprende su noble y sublime mision, y forma temprano el corazón del niño. Desde la más tierna edad, cuando ese dichoso niño gusta aún de mantenerse en su regazo, apoyado en su corazón de madre, allí forma el suyo, allí recibirá todas las inspiraciones, todos los nobles sentimientos que le guiarán más tarde en la vida del hombre. No bien ese niño comienza á distinguir el bien del mal, verá derramar lágrimas. La madre le enseñará esas lágrimas vertidas por infortunios reales, por la pérdida de parientes y amigos, por las vicisitudes y aflicciones de las familias virtuosas; le enseñará á ser sensible á ellas, compasivo, no con aquella sensibilidad novelesca que es una especie de fiebre, de manía, y es casi siempre un mal, á menudo una ridiculez, sino con aquella sensibilidad que forma parte de la sabiduría. Es una sensibilidad reflexiva, que contiene en sí el sentimiento profundo de las miserias de la humanidad.

Esa madre formará á su hijo en las dulces afecciones de la familia, las únicas que debe conocer, y que en adelante harán su ventura, y así lo preparará para evitar un día las afecciones turbulentas y demoralizadoras de la juventud; esas afecciones licenciosas de las pasiones que envenenan toda la vida; esas afecciones llenas de emociones teatrales, que falsean el sentimiento, desencaminan al corazón de su fin y solo engendran pensamientos bastardos, ilusiones y vanos deseos.

La madre hará saborear á su hijo la decencia del lenguaje, y apartará de él cuanto pudiera parecerle extraño, misterioso y cuyo velo intentára él levantar. Hay una lengua doméstica cuya limpieza y pureza son maravillosas. Esta lengua de la familia no expresa más que cosas nobles, pensamientos delicados y verdaderos, sentimientos castos, afecciones inocentes; y el niño en ella instruido, no sabe más que lo bueno: siempre que encuentra fuera alguna cosa que le aparta de este candor, se admira y lo lleva á mal, turbase su propia naturaleza; y así se revela el pudor, tierno sentimiento que es uno como misterio de la inocencia, del cual ha hecho Dios el más bello ornamento de la virtud, aún despues de perdida la inocencia.

Solamente la madre es capaz de infundir la bondad en la joven alma de su hijo. La caridad en un niño está llena de suavidad; al niño le gusta dar, y dá con gracia, con abandono, con amor. Ella dispone á su hijo al placer secreto de dar, que es un incentivo con que Dios convida á hacerlo más y más.

Pero, en lo que la madre forma principalmente el corazón de su hijo es en la piedad cristiana. El cristianismo es admirable para adaptarse á todas las edades y necesidades de la vida. El hombre pertenece á la Religión, sobre todo, en dos épocas principales de la vida, cuando entra y sale de ella. En la mitad de la vida, intervalo entre dos términos extremos, llenado por la pasión, la agitación y la independencia, el hombre se escapa á veces de este imperio; entónces todo le aturde: la ambición, los negocios, los sucesos, la vanidad, el fausto del mundo; la razon no disfruta de sí misma. Pronto nace la calma y reaparece la Religión con su acostumbrada benevolencia. El hombre habia empezado por la Religión, y acaba por ella; ¡dichoso, cuando no ha olvidado del todo á esta madre compasiva de los infelices!

¡Madre piadosa! llena temprano la joven alma de tu hijo con el pensamiento de la Religión, y le dotarás de una gran fuerza contra los males de la vida. Sin la Religión las pasiones abrasarían el corazón del hombre; las pasiones son las furias humanas, y como por otra parte alientan en el fondo de nuestra naturaleza, la Religión, sin destruirlas, las hace obedecer, y la sujeción de las pasiones es el más hermoso

triunfo que puede alcanzar una alma hermosa. Preparad pues, tiernas madres, á vuestro hijo á la piedad, y conocerá sin duda las emociones dulces y profundas; su alma se abrirá á las afecciones tiernas, y su corazón se llenará de amor; pero, no desespereis, dejad á la piedad el cuidado de guiar á esa alma tan pura; la piedad es toda la fuerza del hombre contra la fuerza ó la flaqueza de las pasiones. Sin la piedad, ¿comprendeis un solo poder que pueda detener al corazón en sus deseos? Sin la piedad, el hombre ha de entregarse á todas las locuras, á los furores todos de la pasión; sin la piedad no hay para la pasión más que la alternativa del placer ó de la desesperación, el frenesí de la voluptuosidad, ó el frenesí del suicidio. Pues bien, solo la madre puede disponer á la piedad el corazón de un niño, haciéndole amar ó aborrecer los objetos luego que su corazón se abra á las afecciones, según se los pinte cada día amables ó peligrosos.

5. Lo que completa el triunfo de la influencia de la madre en el destino del hombre, es que solo ella forma el carácter. El carácter es la expresión exterior de la naturaleza de un hombre; es lo que le hace sociable ó aborrecible. Si esta expresión no es feliz; ¿cuáles serán sus relaciones con sus semejantes, aún con virtud y talento? Chocará con ellos y les alejará de sí. Será hombre de bien y huirán de él; será compasivo y hará miedo; será indulgente y parecerá feroz. El carácter puede inutilizar las más bellas cualidades del alma. Al formar la naturaleza íntima de su hijo, una madre piadosa y entendida, en las acciones, en las correcciones, en los avisos, en las reprensiones, hasta en las diversiones y paseos, se aplicará á darle una expresión de bondad y humanidad que le hará amar de los demás. Formar el carácter es una tarea muy útil, pero cuya trascendencia no se conoce del todo y de cuyo desempeño solo es capaz una madre atenta é inteligente. Formar el carácter es crear la armonía entre el hombre exterior y el hombre interior, y eso no se consigue con la violencia ni con la doblez, sino con la reflexión, el buen sentido y el amor. El carácter es el sello que pone el obrero en su obra. El exterior de la obra anuncia su hermosura interior. El carácter es el espejo del alma.

El mundo está hecho de modo que lo más del tiempo se para en las exterioridades; por eso el carácter es casi siempre el fundamento de la buena suerte del hombre. El carácter no es el mérito real del individuo, y sin embargo, le suele ser de más provecho que el mismo mérito. El carácter decide más veces que el mérito de la estimación de los hombres.

¡Oh! ¿qué de servicios presta una madre á su hijo cuando procura formarle un buen carácter! ¿Importa tanto dar un atractivo á las vir-

tudes, hacer amar el mérito, hacer grata la piedad, encantador el genio, afable la grandezza? Y el carácter produce esos bienes, de suerte que, en toda acción del hombre sobre el hombre, débese al carácter la mitad del imperio.

Y hasta en las relaciones ordinarias de la vida, en las afecciones de familia, en las amistades, en los negocios, el carácter es la principal base de nuestra ventura.

¡Madre, que desees la dicha de tu hijo! dispónle pues á ese perfeccionamiento del carácter, sin el cual no disfrutaría siquiera de sus talentos y virtudes. Dispónle á la benevolencia con los compañeros de su edad; sea bueno y solícito con ellos. No haya envidia, ni ira, ni soberbia, pero tampoco haya sumisión de esclavo ni condescendencia de adulator. La niñez posee un sentimiento de dignidad que conviene fomentar, mezclándolo con la modestia. Con reserva y gravedad, no hay situación en la vida en que el hombre no esté seguro de obtener las miradas de otro. Por más que se haga, siempre habrá grandes y pequeños. Aprende tu hijo á hacerse respetar de los suyos y á respetar á los demás. Enséñale que si tiene mérito, se lo hará perdonar con el carácter, y que si no lo tiene, también con el carácter se lo hará perdonar. Estas sencillas verdades son ménos notadas en nuestros días, porque en la actualidad no hay educación, y me atrevo á decirlo, ni siquiera la sociabilidad real. Los hombres viven entre sí como á la ventura; el mérito de la afabilidad es enteramente desconocido; la cortesa ha desaparecido, porque los hombres, únicamente ocupados en librarse combates en el campo de la política, se aíslan de aquellas reuniones de familia en que la mujer pulia las costumbres.

Pero el carácter queda todavía como un elemento necesario de armonía, y es indispensable que reaparezca, sinó en los grandes asuntos de ambición, al ménos en los hábitos ordinarios de la vida. Los caracteres malos, mohinos, impertinentes, bajos ó altaneros, pueden triunfar por todos los medios en nuestras polémicas ciegas y precipitadas, porque no se tiene tiempo para observarlos, tan pronta es la forma en crear las dominaciones y destruirlas. En los tiempos bien arreglados, es muy distinto. El mundo es conducido por leyes naturales, y entónces el carácter recobra su imperio.

La mujer forma á su hijo para los tiempos de buen orden y no para los de precipitación y de casualidad. Le enseña pues á aversez en cierto modo á la dignidad. Y él en toda ocasión encontrará el premio de su carácter de bondad, igualdad y benevolencia. Si no le sirve para su fortuna, le servirá para su dicha. Con él disfrutará de sí mismo y de sus virtudes. La vida del hombre suele turbarse por los vicios

del carácter, tristes imperfecciones que subsisten en la misma perfeccion del alma, y que con su contacto introducen cierta disonancia en una misma naturaleza de hombre.

Ya lo veis, hermanos míos, la educacion de la primera infancia es uno de los mayores intereses de la humanidad; ella prepara las sociedades, y es, á la vez, una tradicion y una adquisicion incesante. Todo lo que la humanidad ha sentido, concebido y amado, todo lo que columbra y espera, debe venir á llenar el alma de la juventud.

Comprendedla pues bien, madres cristianas, esa sublime mision que Dios os ha dado. Estudiadla, penetraos bien de la importancia de la primera educacion que debeis dar á vuestros hijos y de la cual dependen su entendimiento, su corazon, su carácter y todo su porvenir. Que nada os aparte de este primer deber que os imponen Dios y los hombres, el cielo y la tierra, la Religion y la sociedad. Mostraos dignas de vuestros destinos: vosotras sois la santa reserva de la sociedad, su última esperanza, su postrer recurso; sed tambien sus libertadoras, segun la extension de vuestras facultades; entónces poblaréis la tierra de ciudadanos virtuosos y el cielo de escogidos. Amen.

## MUJER.

(SUS ESCÁNDALOS.)

V.

*Custodi me à laqueo, quem statuerunt mihi, et à scandalis operantium iniquitatem.*  
Guárdame, Señor, de los lazos que me han armado y de las emboscadas de los que obran la iniquidad.

(PSALM. CXL. 9.)

Esta era, hermanas mías en Jesucristo, la oracion que el rey profeta dirigia á Dios; oracion admirable en boca de aquel gran rey. Ya sabéis que David, mucho tiempo ántes del misterio de la redencion habia presentado el ejemplo de cierta inmutabilidad en la virtud;

habia podido exclamar interiormente: «¿Quién me separará del amor de mi Dios? El que deposite su confianza en el Señor, será inexpugnable como la montaña de Sion.» Y sin embargo, David deja escapar un grito de afliccion; no parece sino que su alma estaba próxima á perecer. ¡Señor, exclama en su angustia, preservadme del lazo que me han puesto y de los tropiezos de los que incurrer en la iniquidad!

Tanto es lo que David temia la funesta eficacia del escándalo. Sabia que las virtudes más fuertes y sólidas no están á cubierto de los golpes del escándalo, y ved ahí por que pedia á Dios que lo preservase de él. ¡Cuál deberá ser por lo tanto nuestro terror! Decidme si se han cumplido jamás las palabras del profeta tan literalmente como en nuestros dias: el mundo entero sumergido en el mal, desarrolladas sin medida todas las horribles consecuencias del pecado original, nada contiene la invasion del escándalo; ¿quién podrá, pues, librarse de semejante ruina?

Vosotras sabéis que el Salvador de los hombres, al morir, rogaba por la salud del género humano, haciendo extensivos los sentimientos de su corazon á todas las miserias de la humanidad decaida. Y sabéis tambien que pronunció esta terrible frase: «Padre mio, no os ruego por el mundo;» y añadió: «¡Desgraciado mundo por el escándalo que hay en él! ¡Desgraciado el que se convierte en instrumento de escándalo!» Nosotros pudiéramos añadir: «¡Desgraciado el mundo por los escándalos de que muchas veces las mujeres son el instrumento!»

Grando y sublime es la mision que en el órden de la Providencia tiene que cumplir la mujer cristiana. Pues bien, para que comprendais este asunto, voy á hablaros de los desórdenes, de los escándalos de que las mujeres pueden ser instrumento. Sin duda las que tendrian necesidad de pensar en esto no están aquí. Vosotras trabajais por santificaros, sois la porcion elegida del rebaño; con todo, hay ciertos ejemplos que pueden ser fatales á las que los presencian en el seno mismo de la piedad. ¿Cuáles son pues estos escándalos, y cuáles son las consecuencias fatales de estos desórdenes? Tal es el asunto de este discurso.

Virgen Maria, gloria de la mujer católica que reproduce algunos rasgos de vuestras virtudes, no permitais que las que me escuchan se conviertan jamás en instrumento de malos ejemplos. A. M.

1. ¿Cuál es el fin providencial de la sociedad bajo las leyes reparadoras de la Iglesia de nuestro divino Salvador Jesucristo? La sociedad entera, desde que la sangre de un Dios se vertió sobre la tierra,

no tiene otro objeto providencial que el de una perpétua y progresiva dilatación de la verdad, de la caridad y de la virtud. Este es su fin. Mas, el error lucha contra la verdad, el egoísmo lucha contra la caridad, el vicio lucha contra la virtud, y ese antagonismo profundo, inevitable, universal, nos indica el secreto de todas las revoluciones del hombre, de la familia y de todo el género humano. Por lo tanto, la verdad, la caridad, la virtud, no tienen auxiliar más poderoso ni hogar más fecundo que la mujer católica; y cuando ésta falta á la misión angusta que está encargada de llenar en el mundo, en el órden de la verdad, de la caridad y de la virtud, la sociedad queda herida de una llaga que la va repudiando; y si esta llaga se ensancha, se dilata, se profundiza más y más, la sociedad perece, se hunde en las revoluciones. Nosotros por desgracia nos encontramos actualmente en este caso.

El escándalo es una palabra ó acción contraria al órden providencial de la sociedad: cuya palabra, cuya acción pueden ser causa de caída y de ruina para los que oyen esta palabra ó son testigos de esta acción, de este mal ejemplo. Ya comprendereis ahora que hay dos clases de escándalo: uno activo ó dado, otro pasivo ó recibido. Si pronunciais una palabra contraria á la verdad, á la caridad, á la virtud; si cometéis una acción que no la permite la ley del Evangelio, los que oyen esta palabra, los que con motivo de este ejemplo se ven arrastrados á cometer el mal, son víctimas del escándalo que vosotros les habeis dado.

Hay una clase de escándalo que es más frecuente en el seno de nuestra sociedad católica, aún entre personas cristianas y piadosas. Tal es el escándalo de tibieza, de falta de fervor y de piedad. La piedad, señoras, es el alma de la vida cristiana. Estais destinadas, no solo á la vida cristiana, sino á la vida piadosa, á la vida perfecta, cada una de vosotras, en la posición en que la ha colocado la divina Providencia. Por medio de la piedad ejercéis una influencia grande sobre vosotras mismas y sobre los que os rodean; por medio de la piedad sois el elemento regenerador del mundo. Fijad la vista en todas esas almas que buscan á Dios, en esas almas verdaderamente piadosas, en esas mujeres perfectamente cristianas, que adelantan por el camino de la perfección. ¡cuán útiles son á la sociedad! ¡cómo encuantran tiempo y ocasiones de sacrificarse por la salvación de sus hermanos! ¡Cuánto compadezco, al contrario, á la mujer que, falta de piedad, se contenta con cumplir á medias los deberes de la vida cristiana! ¡Cuánto lamento esos escándalos, porque nos privan de las nociones de la virtud! Así que se dirá de una jóven, de una

mujer, de una esposa, de una madre, de una viuda, que son personas honradas, pero que no son piadosas, ni fervorosas, por esto solo podrán casi considerarse como objeto de escándalo. Una madre sin piedad inculca su tibieza á su hija; es pues una especie de escándalo.

Al escándalo de tibieza y falta de piedad, debe añadirse el escándalo de una distracción excesiva, de inconstancia, de falta de dignidad. El sentimiento de nuestra dignidad en Jesucristo debemos conservar en el fondo de nuestro corazón. «Sed ejemplo de todos los que os rodean, en vuestras palabras, en vuestras obras, en vuestra gravedad y en vuestra modestia, decía S. Pablo, porque Dios os ve; porque estais al alcance del ojo de Dios.» ¡Cuán magnífico es este sentimiento profundo, capital, de la presencia de Dios, que una mujer conserva en el fondo de su alma! Ved como sin este sentimiento la disipación, la ligereza, y cierta vanidad, arrebatada como un torbellino toda su existencia, sus palabras, sus actos, sus ademanes, su vida entera. El Espíritu Santo ha inspirado una frase profunda: «La mujer discreta edifica su casa.» Notad bien esta expresión: la mujer discreta, reflexiva, prudente, edifica su casa, y la mujer disipada derriba la casa que estaba levantada. ¡Cuántos ejemplos pudieran citarse de esta disipación habitual del alma en gran número de mujeres, que hace no reflexionen, que hablen sin juicio ni concierto, dejándose llevar con la precipitación de un torrente su existencia entera! El Espíritu Santo nos enseña que la prudencia debe presidir á todo en la vida de la mujer cristiana: este es el principio de su dicha, de su fuerza, de su acción en el mundo.

En tercer lugar, señoras mías, debéis evitar con el mayor cuidado el escándalo de la pereza y del ocio. Sabéis que el trabajo es una ley que ha sido impuesta al género humano desde la caída de Adán; conocéis las palabras que encontramos en la primera página del libro de la revelación luego que Adán se rebeló contra su Dios. El mundo es un inmenso taller: todos se ocupan en el trabajo, desde los jefes de los pueblos hasta el menestral, el obrero, el mercenario. Pues bien; ¡qué sería si una clase de la sociedad pasara su vida en la inacción, en la ociosidad? Leed el magnífico elogio que el Espíritu Santo nos ha dejado de la mujer fuerte; en este elogio no se trata sino del trabajo de la mujer. «Ella no ha comido su pan en la ociosidad.» ¡Cuántas mujeres hay que comen sus bienes en la ociosidad y que jamás han ganado el pan que se comen! «Ha trabajado siguiendo el consejo de sus dedos.» ¡Maravillosa expresión! ¡Nada hay tan inteligente ni tan hábil como los dedos de la mujer laboriosa! ¡Qué trabajos, qué maravillas, qué obras tan acabadas han salido de los dedos